

## Introducción

Desde los estudios de Artigas y Coma, *Estudio crítico-biográfico sobre don Fernando de Antequera*, a comienzos del siglo xx, pasando por el de Macdonal, *Don Fernando de Antequera*, a finales de la década de los años cuarenta del mismo siglo, hasta las escasas páginas que le dedica David Garrido en su *Ferran «el d'Antequera», un rei de conveniència*, en 2011, la figura del infante de Castilla y rey de Aragón había sido parcialmente tratada por distintos autores como Torres Fontes, Arribas Palau, Mitre Fernández, Mackay, Sarasa Sánchez y en fechas más recientes López Rodríguez, Salicrú i Lluch y yo mismo. Ahora, cuando nos acercamos al sexto centenario de su elección como rey de la Corona de Aragón, intentamos aproximarnos a su figura y hacer una valoración de su trayectoria política y militar a través de un estudio serio y riguroso. Para ello disponemos del abundante material que proporcionan la documentación de archivo, las crónicas y las obras que han tratado aspectos de su obra y de su figura.

En la estructura del libro los dos primeros capítulos mantienen como hilo conductor el seguimiento de los acontecimientos de una manera cronológica y lineal. Sin embargo, con ser importante la sucesión en el corto plazo, el objetivo principal ha sido el análisis del contexto en el que se enmarcan o las circunstancias que los propician, como resulta evidente en las campañas militares contra el reino de Granada. Los capítulos tercero, cuarto y quinto, que suponen algo menos de la mitad del texto, se enfocan desde el análisis temático. Creo que tales planteamientos, además de facilitar el acceso a la información de las etapas más destacadas de la trayectoria política de don Fernando tal como se sucedieron, permiten ofrecer una gran diversidad de matices, que de otra manera quedarían solapados o no aparecerían. A estos enfoques se han añadido en ciertos casos las breves trayectorias de algunos nobles y eclesiásticos castellanos, utilizando el método prosopográfico, sobre todo para entender su relación con el infante-rey.

La trayectoria vital y política de don Fernando, regente de Castilla y rey de Aragón, se desarrolló a finales del siglo xiv y comienzos del xv. Período

complicado, sin duda, en todos los reinos hispánicos, comenzando por Portugal, pasando por Castilla, siguiendo por Navarra y por la Corona de Aragón y terminando en Granada. Cambios dinásticos, guerras entre algunos de ellos y enfrentamientos internos se dieron en casi todos. A ello hay que añadir las dificultades de otros reinos del ámbito europeo occidental, como Francia e Inglaterra, combatiendo de forma intermitente desde tiempo atrás y en Francia con el agravante de la salud de Carlos VI y la división de la nobleza en dos bandos claramente enfrentados. Ni la propia Iglesia se salvó de lo que parecía ser el sino de los tiempos: desgarrada por el Cisma, desde finales del siglo XIV, vio surgir en su seno la herejía husita, condenada en el Concilio de Constanza.

En esos tiempos le tocó vivir a don Fernando su papel protagonista en Castilla y en la Corona de Aragón lo hizo implicarse en todos los problemas del momento, de ahí que su nombre comparta protagonismo con otros personajes importantes de la época, como el portugués João I de Avis, Enrique V de Inglaterra, Segismundo de Luxemburgo o Benedicto XIII.

La historia que aquí se narra comienza en Castilla, que según las crónicas estaba en paz y armonía, bien gobernada durante los años de la minoría de Juan II y con los dos regentes bien avenidos. Esta imagen idílica procedente de las crónicas, enormemente laudatorias con el infante don Fernando, solo puede entenderse desde ese punto de vista o si se toma como referencia la época de la minoría de Enrique III. La realidad fue muy distinta, pues a los problemas heredados se sumaron otros como el de la sucesión, por los que el nuevo reinado surgía lleno de tremendas incertidumbres. En tal sentido se plantea el real o supuesto ofrecimiento de la corona al infante don Fernando por un grupo de nobles, sin descartar la posibilidad de que fuera una muestra de la propaganda posterior que rodea a su figura, y que ha sido un elemento más que ha colaborado a su mitificación. Además, se planteó el problema de la custodia del monarca, en el que no solo se dilucidaba quién controlaría el poder de Castilla en años sucesivos sino, y quizá más importantes, la división del reino y de la nobleza entre partidarios y detractores del cumplimiento de esa cláusula del testamento de Enrique III, y las diferentes formas de entender la monarquía existentes en la época, que se manifestarán tiempo después.

Desde estos momentos el infante don Fernando se revela como fundamental en la vida política castellana. Hasta su muerte en 1416, ya como rey de Aragón, no dejará de influir en mayor o menor medida en ella. De él parten las iniciativas negociadoras para desbloquear el problema creado por la custodia del rey-niño y él será el que, haciendo alarde de un gran pragmatismo, le ponga

final empleando el mismo método que utilizará en varias ocasiones a lo largo de su vida: el soborno.

La imposición de una regencia compartida era problemática por razones tan diversas como el distinto carácter de los corregentes, o por la división de ciertas instituciones de la administración entre ellos, fruto de la existente en el reino. Esta medida temporal se extendió hasta la muerte de don Fernando y revela su influencia, pues trataba de salvaguardar su patrimonio, la herencia de sus hijos y de asegurar la empresa guerrera. La división administrativa también conllevó la de preladados y nobles entre uno y otro de los regentes, y en ocasiones dificultó el normal funcionamiento de algunas instituciones.

El control del poder por el infante y la práctica anulación de su corregente tuvieron que ver con el peligro de ver truncados sus planes bélicos sobre el reino de Granada y políticos de control del Consejo Real. Se iniciaba así un ascenso personal y familiar incontestable, de lo que algunas muestras son la campaña militar que culminó con la toma de Antequera, la consecución de sendos maestrazgos para sus hijos, el acuerdo matrimonial para su primogénito con la hermana del rey de Castilla, o la precedencia sobre su sobrino al trono de la Corona de Aragón.

Las campañas militares contra el reino de Granada en 1407 y en 1410 son, entre otros ejemplos, buena muestra del afianzamiento del infante en el poder, como bien adivinaron algunos de sus detractores contemporáneos. En efecto, prueba de ello son su mayor capacidad de mando e influencia sobre la tropa en el cerco a Antequera, en relación con la campaña anterior, que terminó con el fracaso ante Setenil, su pragmatismo al escoger como objetivo una villa y no varias, así como disponer de un ejército más reducido y manejable.

Sus éxitos militares y su experiencia política fueron, sin duda, una buena carta de presentación para su más alta ambición: el trono de la Corona de Aragón; lo que en buena medida condicionó la política castellana durante los dos años de interregno. Don Fernando mantuvo unas buenas relaciones con su tío el rey Martín I de Aragón, lo que contribuyó a preparar el camino de sus reivindicaciones posteriores, caracterizadas por la firmeza de sus posiciones y en las que utilizó todos los medios disponibles a su alcance e influencias para lograrlo, primero en Castilla y después en los distintos territorios que componían la Corona de Aragón.

Su nombramiento como rey trascendía los límites de sus nuevos reinos y de su época y se inserta en un complejo panorama interno —más si cabe por la heterogeneidad de los territorios de su Corona— y externo, en el que al-

gunos de sus objetivos eran acabar con el Cisma de la Iglesia, salvaguardar el patrimonio regio, afianzar la presencia comercial de sus nuevos súbditos en el Mediterráneo y consolidarse en el trono.

En este último caso, don Fernando supuso una ruptura con la tradición, pues, aunque descendía por línea materna de la casa real de Aragón, era castellano de nacimiento y de pensamiento. La oposición a su nombramiento como rey, personalizada en el conde de Urgel y extendida a ciertos individuos y grupos de población, fue la amenaza más grave de las que tuvo que hacer frente. Su experiencia militar, los vínculos vasalláticos que tenía con nobles castellanos y de sus nuevos reinos, la competencia de sus colaboradores, los errores de su adversario y de sus fieles, así como las presiones que ejerció y las ayudas que recibió, facilitaron su triunfo en Balaguer y la prisión del conde don Jaime de Urgel, tras lo cual pudo consolidarse en el trono, después de un año y medio, aproximadamente, desde comienzos de su reinado.

Estos problemas unidos a sus intereses en Castilla, al margen de otras razones, sin duda tuvieron mucho que ver con la importante presencia de colaboradores castellanos a su lado, en que esta fuese continua y en que se extendiese por todas las áreas de gobierno y por todos los territorios.

Don Fernando desarrolló una amplia red diplomática que, entre otras cosas, muestra su preocupación por las relaciones internacionales, so pena de quedar marginado de las grandes decisiones y de ver reducida el área de influencia de su Corona. En este sentido, sus numerosos proyectos, muchos de ellos frustrados o inacabados por su brevedad en el trono, le obligaron a implicarse en la política peninsular y continental, actuando como acicate la que desarrollaron otros reyes del ámbito hispano, la preocupación por su descendencia o su deseo de fama y renombre.

Esta amplitud de intereses implicaba grandes dispendios a los que no pudo hacer frente ni con las numerosas percepciones que recibía de Castilla ni con las cantidades que le proporcionaron las Cortes de sus reinos, por lo que tuvo que recurrir con bastante frecuencia a préstamos de su entorno más cercano.

Durante su regencia en Castilla don Fernando propició una reconstrucción de la alta nobleza de parientes del rey en las personas de sus hijos. Con la Iglesia, al margen del Cisma y en el último período de su vida, sus relaciones fueron cordiales y de colaboración constante. Respecto a las ciudades y villas castellanas prosiguió la política centralizadora de su hermano, dictó ordenamientos para varias de ellas, incluidas algunas de la Corona de Aragón, favoreciendo la oligarquización de sus regimientos. También controló los maes-

trazgos de dos importantes órdenes militares o, lo que es lo mismo, todas sus posesiones y recursos. Con las minorías religiosas, en especial con los judíos, sus relaciones tuvieron altibajos, pues pasaron de una política que puede calificarse como antisemita a otra de defensa de los judíos, para acabar aplicando medidas contra ellos.

La actuación de don Fernando, no tanto en su faceta de regente de Castilla como en la de rey de Aragón, ha sido muy controvertida, sobre todo a raíz de su ascenso al trono, de los medios que utilizó para conseguirlo y de las consecuencias posteriores que tuvo su entronización para los territorios de la Corona de Aragón. En general, y aun con excepciones, la figura del infante-rey sale bien parada, sus exitosas campañas militares y ambiciosas empresas políticas, su destacada actividad legislativa, su acendrada religiosidad y mecenazgo o sus guías de conducta han servido para que pasase a la posteridad como buen rey, a lo que sin duda contribuyeron los escritos de alguno de sus fieles, como Álvaro García de Santa María, Lorenzo Valla, protegido de su hijo y sucesor en el trono, y Pérez de Guzmán, que en su galería lo retrata como el príncipe más completo.